

24 de Diciembre: Lc 1, 67-79

Estamos en la víspera de Navidad. En cuanto a la liturgia y el evangelio estamos terminando los ocho días especiales de preparación, en que hemos leído y meditado sobre lo que los evangelistas nos dicen sobre sucesos antes de nacer Jesús. Ayer veíamos el nacimiento de san Juan Bautista, cuando Dios mostraba su gran misericordia con aquellos dos ancianos, Zacarías e Isabel. Zacarías, curado ya de su mudez y también de su incredulidad, prorrumpe en alabanzas a la gran misericordia de Dios y pronuncia un gran himno, tan hermoso que la Iglesia lo repite todos los días como himno de alabanza a Dios por la mañana en los “laudes”.

Es un himno de alegría, de entusiasmo. Hay personas que casi sólo saben acudir a Dios cuando tienen una desgracia. Pero Dios es el Dios de la alegría, y en los momentos exultantes de nuestra vida está Dios con nosotros y en esos momentos nosotros debemos estar con él y sentirle a nuestro lado.

“Bendito sea el Señor” son las primeras palabras del himno. Bendecir significa hablar bien de alguien. Debemos hablar bien de Dios en todos los momentos de nuestra vida y hacer que otros le “bendigán”. Y le bendecimos porque ha visitado y redimido a su pueblo. Su pueblo somos nosotros y es el mundo entero. La Navidad es una visita especial, aunque desgraciadamente hay muchos que apenas ven a Dios en todo el ambiente festivo de la Navidad. Lo importante de la Navidad es que ha sido suscitado un poderoso salvador, que nos libra de nuestros enemigos. Estos enemigos son nuestros propios pecados y fuerzas contrarias que encontramos dentro.

Todo lo que no es pecado es fruto de la misericordia de Dios. Sentir el amor de Dios es conocer la solución de todo. Es vivir la alianza con Dios. Él sí es fiel a las promesas que ya había hecho desde Abraham. Él es fiel, aunque nosotros no lo seamos. Ser fiel significa cooperar con Dios en arrancar de nosotros los pecados, que son los enemigos para poder vivir en santidad y justicia, que es vivir unidos a Dios.

Aquel niño Juan estaba destinado para preparar los caminos del Señor, que son caminos de salvación, de perdón. Juan dirá que él no es la luz, sino que va preparando los corazones para poder ver la verdadera luz. Jesucristo no sólo será el camino, sino también la verdad y la vida. Unidos a Jesús en la fe y en el amor, los pecados se marchan por sí solos. El culto que Dios quiere de nosotros es el ofrecimiento de nuestro ser, es ponernos continuamente en sus manos.

En estos días de Navidad podemos sentir mejor que nos visita el verdadero Sol. Cuando este himno lo recitamos por la mañana se une el ver el sol que va subiendo hasta llegar a lo alto al Sol que siempre está en lo alto, porque ilumina nuestras vidas, que a veces están medio en tinieblas y en sombra de muerte. Este Sol, que es Jesús, es el que verdaderamente puede guiar nuestros pasos por los caminos de la paz.

Deseamos siempre la paz. En esta noche de navidad se suele sentir más la paz en las familias, y hasta entre pueblos enemigos hay como un compás de espera envuelto en una paz, que se nota flotante en el ambiente, aunque desgraciadamente suele ser pasajera. Acercarnos a Jesús en esta noche es hacernos un poco más niños. Jesús niño nos enseña la ternura y el amor. Hacerse niño es vivir más en la ternura y sobre todo en la confianza con Dios, que nos ama tanto que se hace niño indefenso por nuestro amor.

Que María, la Madre, nos envuelva con su manto protector. Ella había sido siempre como una niña ante Dios, entregada plenamente a su voluntad, y sin embargo siente que ahora ese Niño, que es su Dios, se entrega a la voluntad de ella misma. como madre, y a la de san José. Si viviéramos así, bajo el manto de María, sin salirnos de hacer “lo que Jesús nos diga”, encontraríamos una felicidad permanente aquí y sobre todo la salvación y la felicidad eterna.